

IN MEMORIAM

FRANCISCO DE LUCAS FERNÁNDEZ

Me dice Juan Vallet, con la pena de no poder escribir él mismo, por causa de un contratiempo de salud, estas notas dedicadas a la memoria de quien fue su gran amigo, que Paco Lucas no participó en la fundación de la editorial Speiro y la revista *Verba*. Pero que debió contarse pronto entre sus suscriptores. Recuerda haber hecho amistad con Paco a poco de haber llegado éste a Madrid como notario avanzados los años sesenta. Amistad profesional en sus orígenes, pero también de visión del mundo, el celo apostólico que nunca ha abandonado a Juan había de convertirla también en amistad de empresa. Y Paco comenzó así a frecuentar el mundo amistoso y fraterno de la Ciudad Católica.

Por mi parte, le recuerdo, ya en la segunda mitad de los setenta, ocasionalmente en las reuniones de los martes, regularmente en los congresos anuales cuando tenían lugar en Madrid y prácticamente siempre en las cenas de San Fernando y en las de fin de curso. Tengo grabado en mi memoria el primer encuentro. En el local de General Sanjurjo, un martes, vivía todavía Eugenio Vegas, eran los inicios del curso y un enjambre de amigos departía informalmente en grupos desde las siete y media hasta la hora de comenzar la reunión, a las ocho y cuarto en punto. Estoy viendo a Paco, con magnífica planta, voz tan poderosa como agradable y bien timbrada. Y su por entonces inevitable cigarro. Sin embargo, como antes decía, no frecuentó nunca las reuniones de los martes, pues era día durante muchos años reservado a sus clases en la Escuela de Práctica Jurídica de la Universidad Complutense, uno de los quehaceres que más le agradaban y que conservó hasta el final con entusiasmo. En las reuniones anuales

sí era habitual verle. Incluso como ponente. Si no me equivoco, en concreto, en las dedicadas a la propiedad (puede verse en el número 187 de *Verba* de 1980, “Propiedad y empresa”) y a la familia (en el número 339-340, de 1995, “Los cambios legislativos en materia de familia: matrimonio, ¿hora cero?”). Pero en particular en las cenas de San Fernando, los últimos años en el Centro Riojano, pero antes en tantos otros restaurantes, particularmente en el Manila de la calle Génova, ya desaparecido, o en Jai-Alai. Y en las de fin de curso, durante muchos años en la terraza del Casino de Madrid, antes de su remodelación, o luego en el Club de Campo. Y casi siempre con Pacita.

Pero, siempre generoso, pudimos contar también con su colaboración para otras iniciativas surgidas del seno de la Ciudad Católica, como la Confederación Española de Juristas Católicos, que fundamos en los años ochenta, y que estamos ahora precisamente tratando de devolver, no a la vida, pues no ha dejado de existir, pero sí a una mayor actividad. O en la preparación del gran homenaje a Vallet con motivo de su jubilación, que el notariado —justamente— coordinó, en el que desde fuera algo tuvimos que ver Estanislao Cantero, José María Castán y quien firma estas líneas, y en el que Paco Lucas desempeñó un papel singular y decisivo. O de nuevo en la edición de la obra metodológica de nuestro director por medio de la Fundación Cultural del Notariado. Por todo lo anterior no sorprenderá que los últimos años se hubiera incorporado al Patronato de la Fundación Speiro. También en esto se condujo con la discreción y señorío que sellaban todos sus actos. No faltaba a ninguna convocatoria y en todas hacía gala de gran discreción y prudencia. En la última reunión, pocos días antes de Navidad, parecía enfermo. Cuando le acompañé a la puerta, con intención de hacerlo hasta su casa, me dijo que estaba con gripe y que no me preocupara. Luego, en marzo, me llegó la noticia de su muerte cuando estaba en Italia, impartiendo un curso en la Universidad de Udine.

Paco Lucas era un notario a la vieja usanza, con un sentido casi sacerdotal de la profesión. De esos notarios que ennoblecían a la Corporación. Y que la desbordaban. Jurista elegante, era quizá la máxima autoridad en control de cambios e inmersiones

extranjeras. Pero su obra escrita, reunida en quince libros y esparcida en innumerables artículos y conferencias, ha abordado otras muchas cuestiones del derecho civil y mercantil. No éste, sin embargo, el lugar para extenderse sobre estos extremos.

Para los amigos de la Ciudad Católica es una pérdida bien dolorosa la del amigo y colaborador siempre disponible y generoso. En nombre de todos tengo la pena de despedirle desde estas páginas. Reciban Paz, sus hijos y nietos, nuestro pésame más sincera *Requiescat in pace*.

MIGUEL AYUSO